DINAMISMOS PSICOLÓGICOS DE LA MISERICORDIA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v62i216.145>

GUADALUPE DANIEL PORTILLO TREVIZO*

INTRODUCCIÓN

La elaboración de la vida espiritual es un proceso dinámico de construcción y de compromiso en el que anclamos confianza y lealtad, dependencia y seguridad, en un centro vital trascendente.

El desarrollo de la vida espiritual se relaciona con la capacidad para «dar sentido» a lo que nos ocurre dentro de la cambiante reconstrucción de esquemas de interpretación que la realidad impone. Por eso es importante destacar que, sin la suficiente base humana, las estructuras posteriores caen derribadas por la inconsistencia.

En la misericordia, los dinamismos naturales y sobrenaturales se funden misteriosamente en nuestra vida interior¹. Por consiguiente, vivir reconciliados y experimentar la misericordia forma parte de las aspiraciones fundamentales de la persona humana. No es sólo una experiencia facultativa, ocasional, temporal, sino constitutiva de la persona misma, en función de su vida personal y comunitaria.

LA MISERICORDIA Y LA MADUREZ CRISTIANA

La madurez cristiana conlleva constitutivamente la misericordia. No hay madurez cristiana sin misericordia. Por madurez cristiana entendemos un proceso biológico, afectivo, volitivo, intelectual, espiritual y de contenidos de la fe, que sitúa a la persona como meta². Una meta que no es definitiva, sino correspondiente a su tiempo cronológico. La misericordia en este sentido, permite a la

* Sacerdote de la arquidiócesis de Chihuahua. Cursó la licenciatura en Teología espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Posteriormente, maestrías en: Educación y Formación, en la Universidad Gregoriana de Roma; en Pedagogía, en la Universidad Pontificia Comillas, en Madrid; Psicoterapia psicoanalítica, en la Universidad Intercontinental, en México. Actualmente profesor de la Universidad Pontificia de México.

1. Cf. M. Oraison, *A propos de l'action*, 417; E. Zerbino, *Peccato e senso di colpa, un filone di ricerca nella tradizione antropologico-psicoanalitica*, 67-75.

2. Cf. M. Ruiz, *Hacia una educación para la madurez*, 495.

persona mirar su vida en el tiempo que corre, en su propio desarrollo evolutivo. Lo que atenta contra la misericordia es el tiempo disarmónico, sus alteraciones debido a la velocidad o aletargamientos de sus procesos (por ejemplo, pudiéramos mencionar el síndrome de Peter Pan, así como el fenómeno infantil del «adultito» ambos con una realidad ajena a su propia vida). La misericordia nos permite vivir en el presente armónico, que no se ancla, exclusivamente, en el pasado, ni suspira en las idealizaciones del futuro.

La maduración es un proceso, más que una meta. No es un estado, sino más bien un movimiento, un llegar a ser «el yo que uno es realmente»³. Más aún, el concepto de madurez es polivalente, se puede hablar de madurez corporal, intelectual, afectiva, sexual, social, intelectual, laboral, así como de madurez cristiana.

Toda experiencia de madurez cristiana tiene como características⁴:

–Una *realidad relativa y diferenciada*: En cuanto que no comprende los mismos elementos, ni comporta las mismas características, en los distintos momentos o etapas del desarrollo de cada cristiano.

–Una *realidad dinámica*: En cuanto no depende, para su realización, de un único factor, sino que, es el resultado de un largo camino de integración espiritual.

–Una *realidad compleja*: En cuanto síntesis de una serie de elementos parciales, los cuales forman lo que llamamos estructura de personalidad cristiana, puesto que contiene, de forma integrada, la madurez física, cognitiva, afectiva, socio-cultural y espiritual. Todas éstas, como aspectos parciales de la madurez que forman la estructura de personalidad cristiana.

–Una *realidad provisoria*: En el sentido que no se posee en manera plena y definitiva, de una vez para siempre, lo que la convierte en una realidad susceptible de progresos, pero también de regresiones, a veces, significativas.

–Una *realidad ideal*: Se refiere a contenidos que tratan de definir el nivel «ideal» que podría alcanzar el cristiano (cf. Gal 2, 20: «Ya no soy yo, sino Cristo que vive en mí»).

La madurez nos exige discernimiento y nos moviliza para seguir profundizando y dando densidad y sentido a lo que hacemos y vivimos, puesto que podemos definirla como un estado o condición que demuestra que el cristiano ha alcanzado, en un determinado momento de la propia existencia, aquel nivel de integración, adaptación, expansión y plenitud que es característico de la propia edad y situación psico-físico-espiritual⁵. «Dotado de inteligencia y de

3. S. Kierkegaard, *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*, 232.

4. Cf. F. Decaminada, *Maturità affettiva e psicosessuale nella scelta vocazionale. Una prospettiva psicologica*, 72-75; P. Foglio Bonda, *Principi e tecniche di psicoterapia. Guida alla pratica psicoterapeutica*; C. Gómez, *La madurez psicológica de los candidatos al sacerdocio*, 31-32.

5. F. Decaminada, *Ibid.*, 43.

libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, él es el artífice principal de su éxito o de su fracaso»⁶.

Madurar no sólo corresponde a una etapa evolutiva. Incluso, la persona, ser temporal, no siempre se lleva bien con el tiempo. Por tanto, la madurez, a nivel psicológico, supone las *cronopatías*, es decir, las diferencias entre tiempo cronológico y psicológico. Las anomalías psicológicas, donde encontramos un atentado a la misericordia, las llamamos *cronopatías* no patologías, puesto que se trata de una afectación y retraso en la reconciliación y armonía entre el tiempo psicológico y el cronológico; afectando la triple esfera neurológica: tiempo, espacio y persona: el creyente pierde tiempo para vivir reconciliado, no hace de su ambiente un espacio armónico y de pronto, carga en sí mismo un rencor que le hace ser una persona distinta.

MISERICORDIA E HISTORIA PERSONAL

Hablar de misericordia implica, a nivel psicológico, entrar en las áreas de conflicto de la vida personal, espiritual y social; en las áreas heridas y divididas, en aquellas donde todavía permanece el dolor y como forma defensiva, se mantienen al margen.

La misericordia genera un impacto dinámico intrapsíquico, ya que la persona es capaz de reconciliarse consigo misma; un impacto dinámico interrelacional, puesto que genera una reestructuración en sus vínculos objetales; además un impacto dinámico ecológico, por su participación armónica con el mundo y su medio ambiente, al darse cuenta de que «Dios ha creado el mundo inscribiendo en él un orden y un dinamismo que el ser humano no tiene derecho a ignorar» (*Laudato si'*, 221), y por último, un impacto dinámico trascendente, puesto que su relación con Dios genera una conversión subjetiva, como una respuesta a Él, que llama, que se revela, que le habla a su propia vida, a través de medios diversísimos, pero privilegiando su propia humanidad.

Por tanto, todo fenómeno religioso que elimine la vida del sujeto, su propia humanidad, no es un acto de fe en sí mismo. La misericordia tiene una repercusión inmediata en nuestra propia humanidad (subjetividad). Es una experiencia fundante y transformante de la propia subjetividad, puesto que es una llamada a un cambio profundo e interior de vida. Nos invita a mirar nuestra propia historia sabiendo que toda ella, es una experiencia de redención.

Desde que un crimen tan horrendo, el más absurdo de la historia, se convirtió en mediación de salvación, desde entonces toda situación, hasta la más absurda, aun perteneciente a un pasado intolerable, puede ser llenada de amor. La

6. Pablo VI, *Populorum Progressio*, 15.

cruz es el signo de la misericordia del Padre de que todo es posible. Repito, no hay realidad psicológica y existencial que no pueda ser redimida en la persona. Desde que un acto maldito de crucifixión, fue capaz de cobrar sentido; desde entonces, todo en la historia del creyente es capaz de cobrar sentido, de ser redimido; todo ello, por la misericordia⁷.

LA MISERICORDIA ES RE-INTROYECCIÓN

Entendemos por introyección el proceso por medio del cual lo que está fuera se confunde como procedente de dentro. En este dinamismo descubrimos aquello que habita en la interioridad del creyente y que afecta sus funciones vitales, incluso las psíquicas.

Un objeto introyectado es un objeto presente en la vida del creyente, por estar dentro de él. Este dinamismo nos habla de cómo las personas están dentro de nosotros y tienen su función dentro de cada uno; es fascinante descubrir lo que implica que un vínculo acabe dentro de mí, la fuerza que tienen los objetos de amor en mi vida, así como la huella que deja el objeto amoroso. Lo contrario a la introyección es la posesión, lo adhesivo, la evacuación, la proyección, y la fragmentación. Sin embargo, no todo lo que está dentro (introyectado) en el creyente es de beneficio para éste.

La misericordia nos brinda la oportunidad de contemplar lo que está dentro de la vida de cada creyente. Un desafío del acompañamiento espiritual es conocer dichos introyectos del acompañado; saber lo que habita dentro de él, porque esto condicionará todo su funcionamiento vital, incluido, por supuesto, el espiritual.

La vida espiritual está hecha para que Dios sea introyectado. La relación espiritual basada en el amor es aquella que sabe estar en el presente, no sufre ni de reminiscencias (pasado) ni de expectativas (futuro). El objeto amoroso es el objeto del momento que disfruta de su presencia.

Quien vive la misericordia, sabe que ésta no se trata, ni de olvido, ni de indiferencia, sino de «re-introyección», entendida como la capacidad que poseo, en cada situación o acontecimiento de vida, para que, a través de la conversión subjetiva, pueda tener una imagen trasformada, y restaurada de las personas, de Dios mismo o incluso de los acontecimientos dolorosos que para mí parecían terror o catástrofe y que hoy, puedo verlos de manera diferente.

Para muchos creyentes, Dios perdona objetivamente, su bondad (*jésed*) está por encima de la debilidad humana. Sin embargo, esto no es suficiente para la madurez humana. No siempre la persona hace lo mismo consigo misma, a menudo queda prisionera de una autoacusación, de una autosospecha mortificante que reduce y, a veces, anula el fruto del sacramento.

7. Cf. O. Clément, *Il potere crocifisso*, 61.

Muchos comportamientos del hombre, en la patología no menos que en la normalidad, tienen determinaciones inconscientes que pertenecen al sujeto, pero que escapan de su conciencia y de su intención. Existe una verdad del sujeto que está oculta al sujeto mismo y se manifiesta en las formas desviadas y perversas del síntoma y de la incomodidad, no menos que en las formas ego-sintónicas y socialmente aceptadas de la sublimación⁸.

El objetivo de la misericordia, a nivel psicológico, es abrir nuevamente la puerta a la plenitud de vida; es facilitar el desarrollo de una persona unificada e integrada, en torno a la verdad de sí misma, para provocar su armonía interior y exterior. El amor humano está destinado a encontrar su propio centro fuera de sí, porque sólo el amor divino es capaz de resolver el problema de la integración y de ofrecer una respuesta aceptable allí donde lo puramente humano hace más evidentes las propias lagunas.

Cuando decimos que la misericordia es una dinámica de re-introyección, decimos que esta acción nos hace «volver a casa», en cuanto que se trata de un acto de retorno de un pecador a la familia de la Iglesia. La misericordia es un rito de recreación e inclusión, puesto que tiene la función de reafirmar la unidad y la solidaridad con la comunidad. Por ello, se tratará de favorecer a la persona y a la comunidad con la finalidad de que se vuelva cristianamente madura, reconciliada y reconciliadora⁹.

El perdón no es una psicoterapia divina, sino un dinamismo capaz de curar, re-pacificar y trasfigurar nuestras heridas. En el corazón del perdón, nuestro pecado puede asumir otro sentido, así como nuestras angustias, conflictos y límites. Éstos no cambian, sino que se transfiguran: se re-introyectan. Asumidos en la misericordia de Dios, somos re-introyectados y toda nuestra persona vive esta unificación¹⁰.

Así como la fe nos enseña que el don de la gracia está orientado a nuestra misteriosa regeneración, a nuestra reintegración en un Reino que no es de este mundo; así la misericordia, desde el punto de vista psicológico, concretiza su acción en la re-introyección a través del acto mismo de la fe, como un acto de recreación de la persona misma¹¹.

CONCLUSIÓN

Toda persona experimenta su división interior. Se experimenta compleja, con una pluralidad de instancias que a menudo se oponen, difíciles de armonizar. Se puede comprender la división interior como un dato o una dificultad,

8. M. Aletti, *Alcuni aspetti psicologici della pratica penitenziale*, 78.

9. Cf. G. Sovernigo, *Aspecto humano de la confesión. La persona y la acción del confesor y del penitente*, Bogotá 2007, 9.

10. Cf. R. Neau, *Psychologie et sacrement de réconciliation*, 94-96.

11. *Ibid.*

inherente a la realidad humana. La división no solamente es una herida, sino un dato de naturaleza.

La misericordia, como un acto para sí mismo, constituye un paso fundamental hacia la unificación y a la apertura constructiva a través de la cual, la persona se abre a la reconciliación con Dios, con los otros, con el mundo y con la propia vida; de lo contrario, provoca una reacción defensiva de negación primitiva, con las mismas personas, la realidad y con Dios mismo.

La vida espiritual, debe propiciar la salud mental cuando habla con verdad de la condición humana y, con esta misma, anuncia la vida nueva según la fe que Dios quiere insertar en la propia humanidad¹². La misericordia, en el ámbito psicológico, constituirá este proceso dinámico central. La misericordia puede curar nuestras heridas y puede cambiar (re-estructurar) nuestra historia¹³.

12. M. Oraison, *A propos de l'action*, 416.

13. Cf. G. Sovernigo, *Senso di colpa, peccato e confessione. Aspetti psicopedagogici*, 27.